



LA MONTAÑA PELADA

VOLUMEN I

Título original: *Sicília sense morts*
1ª edición: febrero del 2015

© 2015 Guillem Frontera por el texto
© 2015 Rita da Costa por la traducción del catalán
© 2015 Club Editor 1959, S.L.U. por esta edición
Carrer Coves d'en Cimany, 2 – 08032 Barcelona
www.clubeditor.cat

ISBN: 978-84-7329-190-3
Dipòsit legal: B 3222-2015

Diseño gráfico: Àngel Uzkiàno
Corrección: Palmira Feixas
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S.A.

La traducción de este libro ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

llll institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Reservados todos los derechos.

Guillem Frontera

Sicilia sin muertos

Traducido por Rita da Costa

CLUB EDITOR
BARCELONA



Continuamente reniego de ella, pero que me muera
si no la quiero.

Catulo, XCII (trad. Joan Petit)



El lector no debería caer en la tentación de buscar paralelismos entre las situaciones o los personajes de la vida real y los de este relato, pues en lugar de interpretar mejor sus claves acabaría hecho un lío. Sólo la mera coincidencia puede relacionarlos entre sí.



I

Supo que la secretaria había llorado por la leve inquietud en el rostro, siempre tan embadurnado de cosméticos, y aquel encogimiento casi imperceptible de todo el cuerpo. Parecía que estuviera a punto de volver a estallar en sollozos, pero también que sabría contenerse.

—¿Qué ocurre, Rosa?

—Presidente, haga el favor de coger el móvil. No sé qué le pasa pero está que muerde —dijo, y comprendió al instante que no debería haber empleado esa expresión para referirse a la mujer del presidente.

Él también lo entendió así, y torció el gesto en una mueca de censura.

—Dispense, presidente.

—Déjeme solo.

El móvil continuaba sonando. Le había colgado cuatro o cinco veces. Su mujer seguía sin entender que el presidente de la Comunidad no puede pasarse el santo día pendiente de ella. Respiró hondo y se dispuso a contestar sin mostrarse ni demasiado expeditivo, ni demasiado paciente. “Dos minutos”, se ordenó mentalmente.

—Dime.

Lo que sonó por el auricular no parecía un grito humano, podía proceder de un espacio de pesadilla habitado por un pánico feroz. ¿Sería de veras un grito? Era un sonido desgarrado, abismal, sumido en la desesperación, que imploraba y exigía auxilio por algo que ya no tenía remedio.

—Elvira, si no hablas como la gente, no sé qué quieres ni qué puedo hacer por ti —quiso dejar claro de entrada—. Cálmate si pretendes que te entienda.

Ella no estaba en condiciones de comprender que había que ordenar las palabras que lanzaba al aire como si le quemaran la garganta. “¡Asquerosidad!”, “Muerta, ¿me entiendes? ¡Muerta!”, “¡Gusanos! ¡Sí, gusanos!”, “¡Peste!”, “¡Cosa del demonio!”, “¿Qué quieren hacernos?”, “¿Qué has hecho?”

Finalmente, fue él quien se encargó de hilvanar entre el pánico y los gruñidos salvajes un esbozo de discurso inteligible: su mujer lo reclamaba en casa, presa de un ataque de histeria por algo relacionado con una rata muerta. La conocía lo bastante para saber que en ese momento no cabían las soluciones de compromiso. Si no se iba a casa a ejercer lo que llamaba su autoridad protectora, podría pasar cualquier cosa. Una rata muerta... Hay ratas por todas partes, la gente les echa raticida para matarlas y por eso se convierten en ratas muertas, nada más sencillo...

Introdujo un cambio en su agenda, se lo comunicó a la secretaria y se subió al vehículo oficial, requerido con urgencia frente a la Casa del Gobierno.

Hacía un día encapotado, de luz cruda, con agujas de llovizna arrojadas por un viento confuso y voluble. Y frío. Olor a frío y a lluvia. Precisamente ese día visitaban Mallorca

unos empresarios surcoreanos —¿o eran chinos?— a los que alguien había asegurado que la isla disfrutaba de un clima ideal, como proclamaban los antiguos eslóganes turísticos, con una temperatura que no oscilaba más de dos o tres grados, a lo sumo cuatro, a lo largo de todo el año. Él debía recibirlos por la tarde. ¿Qué sería mejor, disculparse por la meteorología u obviarla?

A bordo del coche oficial con cristales ahumados de máxima seguridad, camino de casa donde lo esperaba una mujer con un ataque de histeria de los que él había atajado en seco tantas veces, José Antonio Bergas, presidente del gobierno insular, tuvo un momento para recrearse en un somero repaso de su éxito. Cuarenta y un años —treinta y nueve cuando ganó las elecciones, trece meses atrás—, presidente regional del partido, contactos ministeriales en Madrid, envidiado por dos generaciones de militantes a los que había pasado por delante —dos generaciones quemadas por la corrupción política—, el hombre con el que deseaban hablar, almorzar o cenar los más influyentes empresarios insulares y españoles (y también algunos alemanes, ingleses y coreanos... ¿o eran chinos?), como los que ese día tendría que seducir con promesas de facilidades ilimitadas para instalarse en la isla. ¿Esto de hoy?, créanme, señores, no había pasado nunca ni volverá a pasar, no es propio de nuestra climatología, con aplastante seguridad, como si el orden general del universo le hubiese sido transferido por el gobierno central.

Visto desde el coche oficial, el mundo parecía más ordenado que desde su despacho. También le parecía más suyo. Se había quitado de la cabeza el destino y el objetivo

de ese trayecto. No tenía ninguna dificultad para colocar a su mujer y los problemas domésticos fuera de su campo visual. Como casi todo. Sin embargo, en ese instante, mientras el coche se deslizaba suavemente por la autovía en dirección este y dejaba, a mano izquierda, encaramado a las murallas, el conjunto de la catedral de Mallorca y el palacio de la Almudaina, no pudo sustraerse al anhelo intermitente que lo consumía desde la adolescencia: vivir en un palacete cerca de la catedral, en el barrio de la aristocracia isleña. Aquel silencio solemne, el incienso de la procesión del Corpus... Tal era su sueño inconfesado. De momento no disponía de todo el tiempo que hubiese deseado para acercarse a los integrantes de esas familias e introducirse en su círculo social. Pero todo llegaría, de eso estaba seguro. También la gran casa con un patio en el que llueve.

Vivía en una urbanización fracasada. Según las previsiones iniciales, debía acoger a familias de estrato social elevado. Cuando compró el solar, el promotor le recitó la lista de personalidades que serían sus vecinos, empresarios y profesionales de éxito, en su mayoría madrileños famosos que querían tener en Mallorca una vivienda digna de su renombre. Esa perspectiva le resultó tan atractiva como a la postre decepcionante, porque tras pasar por el despacho del notario, a finales de los noventa, el promotor quebró dejando las inversiones de los compradores en un estado de lamentable indefensión: los solares reservados —¿o no?— por los madrileños pronto se convirtieron en un territorio devorado por la maleza y habitado por garrapatas y ratones. Acabaron

vendiéndose a familias de clase media y a un precio inferior al que habían pagado por ellos los primeros propietarios.

Éstos estaban y siguen estando unidos por un pacto nunca hecho explícito en virtud del cual se abstienen de mantener relación de vecindad con las familias llegadas tras el desplome del precio de los solares. Procuran, por encima de todo, que sus hijos no se mezclen con los de esas otras familias, y muy en especial con las que se expresan habitualmente en catalán (con espantosa naturalidad). La urbanización no tiene vigilancia privada, ya que la mayoría de los propietarios no podría permitírsela. Pero desde que él es presidente de la comunidad autónoma no pasan dos horas sin que se vea algún coche policial haciendo la ronda por ese conjunto urbanístico dejado de la mano de Dios en medio de una soledad desamparada.

Sabe que, ante todo, tiene que inmovilizarla. Lo hace con una llave sencilla (estudió artes marciales, es cinturón marrón). Si, pese a todo, ella sigue gruñendo y forcejeando, nada como dos buenas bofetadas (se lo aconsejó un antiguo discípulo, ahora psiquiatra). Entonces llora unos minutos a la desesperada, pero no tarda en tranquilizarse y poner cara amable, que él interpreta como señal de gratitud por la terapia.

Pero hoy no ha bastado con eso. El presidente ha enviado a la criada a su habitación y se ha quedado a solas con Elvira en la cocina, la estancia más grande de la casa. Le ha dado hasta tres oportunidades para que se serenara, y finalmente le ha aplicado una versión del remedio más contun-

dente de lo habitual, hasta que la mujer se ha desplomado en una silla sin dejar de gimotear, señalando en todo momento la puerta que da a lo que llaman la sala de máquinas: climatización, depuradora de la piscina, bombonas de gas...

Lo que José Antonio Bergas, presidente de la comunidad autónoma, ha visto detrás de la puerta le revuelve el estómago y lo obliga a vaciarlo sin darle la oportunidad de elegir dónde. El vómito le salpica los zapatos italianos y los bajos del pantalón, mientras gotas de un líquido blanquecino le manchan la americana. Y adiós a la corbata Hermès comprada en la madrileña calle de Ortega y Gasset. Dios no tendría que consentirlo, se dice, con la vaga convicción de que el Todopoderoso debería mostrarse más considerado con la autoridad terrenal. La visión que había alterado a su mujer y que ahora le remueve cuerpo y alma es obra de un ser perverso que no debería pertenecer a la especie humana.

Lo primero que ve es cómo se mueven. Impacientes, ansiosos, apresurados, voraces, los gusanos blancos se mueven por el cadáver de un animal que, más tarde lo verá, no es un conejo sino una rata, más grande de lo que nunca podría haber imaginado. El hedor, lo presiente, se le adherirá a las fosas nasales y no podrá desprenderse de él jamás. También presiente que esos gusanos que se retuercen y se enroscan entre sí mientras ingieren la podredumbre de la rata, emborrachados con su propia pestilencia, componen una imagen de un dinamismo endemoniado que se instalará en sus pesadillas y no lo abandonará jamás. ¿Se le puede hacer algo así al presidente de la comunidad autónoma? ¿No hay respeto institucional en esta mierda de país? Pero una

nueva vaharada de aquel hedor se lleva por delante sus preguntas retóricas.

Cierra la puerta y vuelve a la cocina. Su mujer lo mira con derrotada desesperación. Se pregunta en silencio si su marido será como los corruptos que gobernaron la penúltima legislatura, algunos de los cuales se enfrentan a penas de cárcel. Con un hilo de voz quebradiza, acierta a decirle:

—¿Por qué nos hacen esto? ¿Qué has hecho, José Antonio?



2

Al entrar en la redacción de *El Diari*, Mateu Llodrà vio a un pequeño grupo de gente —seis periodistas y la secretaria de redacción— reunidos en torno a la mesa de Andreu Miranda, el director, y pensó, no sin cierto alivio, que ya volvería otro día, mañana o la semana que viene. Pero Miranda lo descubrió por una rendija entre los cuerpos de dos periodistas y lo llamó:

—¡Ven, Mateu, que te vas a reír!

A regañadientes, Mateu Llodrà se sumó al corro de periodistas. ¿Se reiría? Lo dudaba. Hacía tiempo que las ocurrencias de aquellos jóvenes no le hacían demasiada gracia. Había cumplido sesenta y cinco años, lo habían jubilado en la editorial de Barcelona en la que trabajaba, y por esa misma razón se planteaba vagamente jubilarse de su segunda actividad, la de columnista de *El Diari*. Sentía el impulso sordo de hacer otras cosas, no sabía el qué, pero tenía claro que nadie le metería prisa. Ese día se cumplían dos semanas desde que había vuelto a instalarse en Palma, dejando en Barcelona lo que había sido un pequeño estudio en el mismo rellano del piso en el que había vivido durante cuarenta años. En realidad, ya llevaba quince años más en Palma que en Barcelona, puesto que el grueso del trabajo podía hacerlo

por ordenador. Colaboraba con *El Diari* desde hacía dos décadas, pero ahora creía merecer por lo menos un paréntesis para disfrutar de lo que él llamaba —o al menos así lo había consignado en su diario— una ataraxia contemplativa.

Cuando se incorporó al corro, Andreu Miranda lo invitó a prestar atención:

—Es buenísimo, Andreu, escucha. —Y siguió—: Esto fue el martes, hace dos días. Pobre Elvira Campanario, ¡cómo iba a imaginar que aquel portavinos escondía el ataúd de una rata muerta! Algo sospecha, le silban los oídos, cree que José Antonio tiene una amante o algo extraño, y por eso le endosó a Rosa Palop de secretaria; y por eso le controla la correspondencia y le abre los regalos. Andaría buscando una nota, algún indicio de la identidad del remitente. Y aquel cofrecillo de plomo tan bien presentado... Claro, debió de pensar que era el vino más caro del mundo. Necesitó un martillo y un escoplo para abrirlo, y cuando lo logró le dio un ataque del copón. Los gritos se oían desde la otra punta de Mallorca, llantos, amenazas... Un escándalo.

Se recreó en la descripción de la rata muerta y en la rapacidad de los gusanos que se daban un festín con su cadáver. Pobre Elvira, repetía Andreu Miranda, el hedor la aturdió, vomitó hasta la hostia de la primera comunión. Comentó con pelos y señales el ataque de desesperación de la mujer y la posterior reacción de José Antonio Bergas, el presidente.

—Esto tiene toda la pinta de código mafioso —apuntó la secretaria de dirección.

—Mallorca es Sicilia sin muertos, lo dice Andreu Manresa. Sí, es cosa de la mafia. Cuál de ellas, no lo sabemos.

Mejor dicho, sí que lo sabemos, o como mínimo tenemos sospechas fundadas —Miranda dirigía estas aclaraciones a Mateu Llodrà—, pero no disponemos de ninguna prueba que nos permita la más leve insinuación.

—Todo se puede insinuar —intervino Mateu Llodrà para sorpresa de los presentes, sobre todo para su propia sorpresa.

Se arrepintió al instante. Nunca habían hecho caso a sus sugerencias para dignificar el diario y, no obstante, mejorar su divulgación. Siempre lo consultaban a raíz de hechos desdichadamente consumados, y hacía mucho que había perdido toda esperanza de hacer algo útil por el diario más allá de sus columnas, si es que seguían interesando a alguien.

—¿Todo? —le preguntó el director—. Por ejemplo, ahora mismo, ¿cómo dirías tú que se puede señalar a alguien sin pillarte los dedos?

Mateu Llodrà prometió castigarse por haber abierto la boca. Pero tenía que satisfacer las expectativas creadas, aunque le diera una pereza inmensa.

—El cofrecillo —dijo.

—¿El cofrecillo?

—Dices que es de plomo. Ha debido de intervenir alguien relacionado con la industria funeraria.

Todos lo miraron con cara de desconcierto. De entre todas las miradas, Mateu Llodrà sintió que la suya elegía la de una mujer —¿treinta, treinta y cinco años?—, cabellera de un rubio pálido y ojos azul plomizo. Andreu Miranda pensó que el comentario de Mateu Llodrà quizá no andu-

viera muy equivocado, pero en cualquier caso no le veía ninguna aplicación inmediata. La inmediatez era su regla de oro periodística. Por otro lado, Mateu Llodrà tenía fama de vivir en las nubes. En opinión del director, las propuestas del colaborador siempre tenían un aura poética del todo inadecuada para un diario.

Lo había llamado para hablar de la continuidad de sus colaboraciones. No acababa de entender por qué, Llodrà tenía su público. A él sus artículos le parecían demasiado... ¿vaporosos? Sí, vaporosos. Insinúa las cosas, pero nunca acaba de decirlas a las claras, confesaba Andreu Miranda a la gente de más confianza. La sutileza no era un mérito en lo que él consideraba el periodismo actual. Aunque quedaba un público que se sentía más cercano al estilo de Llodrà que a su concepción del oficio. Por eso lo había hecho llamar. Y, sobre todo, porque se sentía unido a él en lo sentimental por un hilo delgado, pero resistente. Como de sobrino a tío. Y también porque creía que cualquier diario de la competencia lo querría en su lista de colaboradores.

Ya se había disuelto la tertulia en torno a la rata putrefacta que alguien había enviado al presidente del gobierno regional. Más tarde decidiría qué tratamiento le daba. Por descontado, la vía insinuada por Mateu Llodrà, la supuesta conexión con la industria funeraria, había quedado descartada de forma automática y sin ninguna explicación.

—Ya sabes por qué te he llamado —dijo Andreu Miranda—. Con la jubilación tendrás mucho tiempo libre y hemos pensado que deberías aumentar tus colaboraciones. Hasta ahora hacías tres columnas semanales... Pues podrías

sacar una cada día. Eso no es nada para ti, escribes esos artículos en cinco minutos y con la zurda.

—Fíjate que no podrías haber empezado peor, querido director de *El Diari*. ¿De verdad me has hecho venir hasta aquí para decirme que no valoras el esfuerzo que me supone cada artículo de opinión? Volvamos a empezar, Andreu Miranda. Hagamos como si acabara de entrar por la puerta. Buenos días, Andreu.

—Mmm, sí, perdona, tienes razón. Buenos días, querido Mateu Llodrà.

Estaban solos en la pecera de cristal que hacía las veces de despacho del director del diario. Hablaron durante un buen rato o, mejor dicho, lo hizo el director mientras el colaborador trataba de no exteriorizar su tímido aturdimiento o su franca consternación por los juicios que emitía Andreu Miranda sobre el mundo en general y el diario en particular. Todo esto se va a hacer puñetas, se iba diciendo Llodrà, se va a hacer puñetas y no he encontrado la manera de hacérselo entender. O bien no me han querido escuchar. Me hago mayor, y por eso mismo creen que mi experiencia no vale nada, vaya paradoja... ¿Qué experiencia tiene algún valor, entonces, la de un chaval de veinte años? Por otro lado, ¿quién soy yo para otorgar valor a mis propias opiniones? La experiencia no es una regla de oro.

—Bueno, deja que acabe de instalarme, pongamos dentro de un mes, y entonces volvemos a hablar —trató de resumir Mateu Llodrà—. En realidad, pensaba decirte que tengo ganas de dejarlo una temporada. Estoy cansado.

—Pero tienes que entender que no podemos prescindir

de ti —repuso el director. A Mateu Llodrà le molestó levemente la cortesía rutinaria de aquella exageración—. Sobre todo, no te dejes tentar por la competencia —le advirtió en tono amistoso.

—Sabes que eso no va a pasar. ¿Qué estás leyendo?

—¿Cómo dices? —El director se sintió pillado en falta.

—No es tan difícil: autor y título del libro.

La diferencia de edad le permitía usar cierto tono conminatorio.

—Ah, hablas de libros... Si quieres que te diga la verdad, últimamente voy tan de culo que me faltan horas para dormir.

—Ya. Pero recuerda que leer es básico para un periodista. Es el único modo de ampliar nuestra perspectiva sobre el mundo real. Por cierto, ¿cómo te has enterado de lo de la rata devorada por los gusanos?

—Tenemos nuestro confidente.

—Suena muy *Washington Post*. ¿Quién es?

—No... no te lo puedo decir. No es que desconfíe de ti, pero...

—¿Es un *conseller*?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Debe de ser Miquel Bassa, el de presidencia. Hasta luego, director. Ya hablaremos. —Y dio media vuelta. Antes de salir, sin embargo, Mateu Llodrà retrocedió dos pasos para preguntar—: ¿Quién es la señorita de los ojos azul pizarra?

—Te lo diré, pero a ella le advertiré que no te permita acercarte a menos de un kilómetro de distancia.

—¿Y eso?

—¿Crees que estás en edad de exponerte a hacer el ridículo? —Andreu Miranda solía provocarlo, medio en broma, medio en serio, con alusiones a su vida supuestamente libertina.

—Me encantaría hacer el ridículo.

—Tú verás —replicó Andreu Miranda, que pese a las diferencias que lo separaban de Llodrà, admiraba ciertos aspectos de su vida, paradójicamente aquéllos de los que no sabía sino lo que alcanzaba a deducir de vagos rumores—. Te diré que se llama Liudmila Bokova, Mila para nosotros. Si tuvieras treinta años menos podríais ligar: ella es rusa y tiene un punto enigmático que vuelve locos a los hombres, entre los que me incluyo.

Mateu Llodrà apuntó el nombre en la agenda de su memoria; más tarde lo anotaría en su libreta. De camino a la salida, miró de refilón a Liudmila, atenta a la pantalla del ordenador, y censuró para sus adentros la zafia reducción de un nombre tan evocador.

Al salir de la redacción, se dio cuenta de que aún sentía nostalgia del olor de las redacciones de otros tiempos, el olor a tinta de los talleres, del papel acumulado, de los aceites de la maquinaria; y del tabaco, miles de colillas rebozando de los ceniceros que descansaban sobre las mesas, o aplastadas directamente en el suelo; y del café que los periodistas consumían a litros; y de los licores baratos. Del sudor acumulado en las axilas de los más guarros. ¿Cómo puedo sentir nostalgia, se preguntó, de aquel hedor?

En el camino de vuelta a casa, se detuvo unos instantes a contemplar, en la plaza Juan Carlos I, el paso de una ma-

nifestación no demasiado numerosa de trabajadores en contra del cierre de una empresa que el año anterior había declarado beneficios. Cerca de doscientos trabajadores más en paro. Las clases medias resbalaban hacia la pobreza y los pobres se convertían en miserables o indigentes. Mateu Llodrà lo vivía con un desanimador sentimiento de impotencia. Tiempo atrás, las cosas estaban claras y de esa claridad se deducían actitudes igualmente diáfanas, sólo desmentidas por circunstancias particulares, como el miedo y la cobardía. Ahora, las libertades obligaban a un análisis mucho más riguroso de los hechos si se pretendía separar la justicia de la injusticia, puesto que ambas compartían territorios y límites gracias a los sofisticados instrumentos de camuflaje de que se habían dotado. ¿Por qué, se preguntó, me parece tan anacrónico todo esto si en realidad sigue formando parte de la lucha obrera?